

## Abril del 65 en la Literatura Dominicana

José Alcántara Almánzar

Analizar la experiencia sociocultural de abril del 65, veinte años después del acontecimiento político más importante desde la muerte de Trujillo, abre la posibilidad de establecer consideraciones objetivas sobre aquel lapso crítico de la historia dominicana contemporánea, así como de reflexionar con relativa equidad sobre la producción de poetas, narradores y dramaturgos en el contexto de la literatura escrita a partir de 1961.

La bibliografía sobre el tema sigue aumentando, aunque muchos artículos y ensayos se hallan dispersos en suplementos de periódicos y en revistas de difícil localización.

En estos cuatro lustros, la República Dominicana ha experimentado una serie de modificaciones que han alterado sensiblemente sus características sociales y culturales, sin que la sociedad en su conjunto se haya transformado en lo esencial.

Luego de concluida la insurrección del 65, la sociedad dominicana comenzó un proceso de crecimiento económico que habría de reforzar la dominación oligárquico-burguesa<sup>1</sup> al impulsar una acelerada expansión del capital criollo y foráneo.<sup>2</sup> Junto a lo que se ha denominado la *modernización* de la República Dominicana —a través del reforzamiento de la dependencia entre nuestro país y los Estados Unidos—, se produjo un notable incremento de las fuerzas político-militares en todo el territorio nacional. En los doce años de administración reformista, el gobierno instrumentó la violencia como principal mecanismo de dominación. La represión policial alcanzó niveles escandalosos, y la deportación, la tortura y la muerte de izquierdistas se convirtieron en un expediente cotidiano mediante el cual se intentaba limitar las expresiones de oposición al régimen.<sup>3</sup> Sin embargo, el terror gubernamental nunca frenó por completo las manifestaciones del movimiento revolucionario dominicano.

La insurrección de abril del 65 fue una experiencia política, social y cultural de la sociedad dominicana, que evidenció la capacidad combativa de nuestro pueblo ante la agresión armada imperialista, y reveló claramente que la

soberanía nacional pelagra cada vez que un país dependiente intenta colocarse al margen de los intereses transnacionales bajo control norteamericano.

Abril fue también una expresión de los movimientos sociales y políticos que venían gestándose desde antes de la muerte del dictador Trujillo, y de la repercusión que tuvo la Revolución Cubana en nuestro país. Si bien sería exagerado decir que la insurrección de abril fue un intento de transformación de la sociedad dominicana a través de la

1. En un conocido ensayo, Carlos María Vilas asegura lo siguiente: "El último y más agudo enfrentamiento entre la burguesía y la oligarquía terrateniente e importadora que con el Consejo de Estado primero y con el Triunvirato después había alcanzado el control del gobierno, tuvo lugar en abril de 1965, y la segunda ocupación norteamericana se encaminó no sólo a aplastar a los sectores populares que, insertándose en el conflicto, lo radicalizaron transformándolo en una experiencia de guerra popular, sino también a imponer, luego de cumplido el primer paso, una conciliación, una armonización de intereses entre la burguesía y la oligarquía, a partir de los servicios que ambas prestaran, desde el poder así compartido, a los objetivos políticos y económicos extranjeros —específicamente, estadounidenses." "La política de la dominación en la República Dominicana", en *Imperialismo y clases sociales en el Caribe*, escrito en colaboración con Mercedes Acosta, André Corten e Isis Duarte. Buenos Aires, Cuenca Ediciones, 1973, p. 187.
2. Casi al final el segundo gobierno reformista, José Israel Cuello publicó un libro en el que concluía diciendo: "El régimen reformista ha sido un gobierno de improvisaciones cuyo único hilo conductor de la acción en todos los aspectos, eje de referencia de todas sus medidas, inversiones y construcciones, lo constituye el fomento de la propiedad privada, capitalista, nacional si es posible, extranjera cuantas veces ella lo ha pretendido, manteniendo en estado de congelación el sector estatal de la economía que ha continuado perdiendo durante su ejercicio la importancia relativa que lo caracterizaba desde 1961." *Siete años de reformismo*, Santo Domingo, Editora Taller, 1973, p. 129.
3. Ver Carlos María Vilas, op. cit., p. 165.

toma de poder político, sí podría afirmarse que la revuelta representó un esfuerzo colectivo de retornar a la constitucionalidad perdida al producirse el golpe de Estado del 25 de septiembre de 1963, o que fue una frustrada búsqueda de convivencia democrática en que pudieran expresarse libremente las diferentes ideologías que en ese momento coexistían en la República Dominicana.

La ocupación militar norteamericana del 28 de abril del 65 impidió la progresión de un movimiento de carácter urbano dirigido por grupos de la pequeña burguesía organizada en partidos de izquierda y sectores populares nucleados en organizaciones de masa de orientación socialdemócrata y populista.

La incipiente revolución, detenida por la aplastante ocupación militar norteamericana, se redujo a un minúsculo perímetro de Santo Domingo, sin que pudiera extenderse al resto del país. La zona colonial, Ciudad Nueva, San Miguel, San Lázaro, San Antón, se convirtieron en los frentes de defensa del gobierno constitucionalista.<sup>4</sup>

La principal lección de la insurrección de abril habría que buscarla en la toma de conciencia sobre los graves problemas de la dependencia y el subdesarrollo, y la ejecución de acciones específicas frente al control político y militar del imperialismo y sus aliados en el país. Los sectores involucrados en la insurrección pudieron comprobar en la práctica lo que significaba un cerco de tropas invasoras alrededor de un pequeño ámbito, las falacias de la democracia burguesa y las argucias de unos negociadores foráneos que presionaban para imponer determinadas condiciones al gobierno constitucionalista, limitado en su espacio vital.

En ese marco de efervescencia política, se produjeron



Pedro Caro

manifestaciones artísticas y culturales de indudable significación. Los pintores expresaron, en murales y cartelones, el sentimiento antiimperialista de los insurrectos, y los escritores fueron la voz, la palabra que sirvió para vehicular la denuncia, la protesta y la esperanza.<sup>5</sup>

La literatura que se produjo en los meses que duró la ocupación la he denominado *literatura del estallido*, y se caracterizó por la agresividad, el compromiso con la circunstancia política, la espontaneidad, el carácter de crónica y la capacidad para testimoniar unos hechos sangrientos:

“Toda la isla para ti compañero.  
Toda la tierra agridulce de los pueblos  
para ti compañero.  
Todos los hombres,  
todas las mujeres,  
todos los niños de las patrias  
para ti compañero.

Derribado sobre el mundo  
entre la pólvora y los gritos,  
entre el llanto y los cantos libérrimos.”

Miguel Alfonseca (Fragmentos del *Responso para Jacques Viau Renaud.*)

“Habrá una isla un día  
de arados que penetren con dulzura  
la tierra que le ama,  
y coloquen semillas en su vientre  
como coloca el hombre su semen milagroso.

Habrá una isla un día  
igual para los negros,  
igual para los blancos,  
igual también para el mestizo  
que aún le duele su origen  
de razas que se cruzan.”

Pedro Caro (Fragmentos de *Habrá una isla un día*)

4. Cfr. José A. Moreno, *El pueblo en armas*, Madrid, Editorial Técnicos, S. A., 1973, Cap. 4, pp. 52-67.
5. En un libro reciente, Alberto Baeza Flores, al comentar un trabajo de Enriquillo Sánchez, afirma que “Arte y Liberación” es la primera organización, después de la muerte de Trujillo, que surge para agrupar a poetas, narradores, ensayistas, pintores, autores y acciones teatrales, artistas plásticos y músicos. La orienta Silvano Lora y a “Arte y Liberación” se incorpora la primera oleada de los poetas de 1965. (...) La Revolución de Abril de 1965 trae el Frente Cultural —donde está la acción de Silvano Lora, también—, donde participan Franklin Mieses Burgos, Ada Balcácer, junto a los poetas más jóvenes. El Frente Cultural tiene una orientación sindical, como trabajadores de la cultura, por la soberanía nacional, por la participación política del intelectual y es plurigeneracional.” *Los poetas dominicanos del 1965*, Santo Domingo, Publicaciones de la Biblioteca Nacional, 1985, p. 69.

En el folleto *Pueblo, sangre y canto*, publicado por el Frente Cultural el mismo año de la contienda, los artistas y escritores dominicanos identificados con la insurrección declaran su compromiso con la sociedad y el tiempo que les ha tocado vivir, expresan su indignación por el atropello contra la soberanía nacional por parte de Estados Unidos, prometen seguir defendiendo el derecho del pueblo a ser libre e independiente y ofrecen su decidido apoyo al Gobierno Constitucional.

El folleto contiene poemas de René Del Risco Bermúdez, Abelardo Vicioso, Juan José Ayuso, Rafael Astacio Hernández, Pedro Mir, Miguel Alfonseca, Máximo Avilés Blonda, Pedro Caro y Ramón Francisco. Casi todos los textos están fechados en mayo, junio y julio del 65 y una lectura de los mismos permite comprobar que se trata de trabajos escritos bajo los efectos de la excitación provocada por la contienda; textos desiguales en su elaboración, pero similares en el propósito nacionalista y en el nivel de indignación frente al ataque armado imperialista.

Los poetas que figuran en *Pueblo, sangre y canto* pertenecen a promociones distintas, pero en aquel momento compartían ideales políticos o simplemente se encontraban aglutinados en torno a una aspiración común. Pedro Mir es de los Independientes de los años 40 y ya en la década de 1960 era una especie de símbolo para los revolucionarios debido a su trayectoria antitrujillista en el exilio, a su identificación con las mejores causas populares y a su poema *Hay un país en el mundo*; Máximo Avilés Blonda, Abelardo Vicioso y Rafael Astacio Hernández pertenecen a la llamada Generación del 48; Ramón Francisco es un independiente de los años 50; y los demás, los más jóvenes, como Ayuso, Del Risco, Alfonseca y Caro, representan al grupo que posteriormente sería denominado como la Generación del 60,<sup>6</sup> y que otros califican de Generación del 65.<sup>7</sup>

La insurrección de abril fue tópico tanto para escritores identificados con el movimiento constitucionalista, como para escritores que representaban al antiguo régimen. Héctor Incháustegui Cabral, autor de *Diario de la guerra* y *Los dioses ametrallados* —ambos escritos en 1965 y publicados dos años más tarde—, es el ejemplo cimero de intelectual orgánico del sistema para quien abril había sido una experiencia desgarradora. Sus poemas sobre abril pueden interpretarse como el doloroso testimonio de un escritor colocado del otro lado de las trincheras, o como el grito de un poeta desesperado ante la guerra civil (su filiación cristiana le haría ver el hecho como un enfrentamiento entre hermanos), o incluso como un extenso mea culpa por un acontecimiento histórico que vio surgir del seno mismo del Triunvirato, gobierno al que había servido en calidad de funcionario en el Palacio Nacional.<sup>8</sup>

Pero abril no sólo sirvió de punto de referencia para escritores a favor o en contra del conflicto armado, sino también para quienes, durante los meses que duró la ocupación, habían permanecido un tanto al margen de los acontecimientos, como es el caso del poeta Manuel Rueda, autor

de la obra teatral *Entre alambradas*, estrenada en el Palacio de Bellas Artes el 8 de julio de 1966. En una nota introductoria a su drama en dos actos, el autor aclara que: "Jimmy, el personaje del sargento norteamericano del ejército de ocupación, no tenía por qué ser el villano de los melodramas. El encarna la deshumanización de un sistema que lanza a una juventud más bien idealista a la destrucción de sus principios."<sup>9</sup> En su obra teatral, Rueda se concentra en el choque entre culturas distintas, el enfrentamiento del pueblo (encarnado en la prostituta Canela) con el invasor (personificado por Jimmy Ray). No escapa a la aguda mirada del dramaturgo la dimensión política del conflicto, pero le interesa más el drama cotidiano de las relaciones humanas y la supervivencia en medio de la guerra. A mi entender, Rueda se adelantó a lo que el teatro y el cine serio norteamericanos pondrían en boga algunos años después.

Freddy Gatón Arce, otro importante poeta, elevaría el canto a los humildes que luchaban contra la opresión de las fuerzas de ocupación norteamericanas. Gatón Arce, que vivía fuera de la zona constitucionalista, pero que mantenía vínculos estrechos con muchas personas que allí habitaban, se nutrió de las experiencias de la insurrección, dejándonos

6. Cfr. Ramón Francisco, *Literatura dominicana 60*, Publicaciones de la UCMM, Santo Domingo, Imprenta Amigo del Hogar, 1969, pp. 13-35.

7. Ver Alberto Baeza Flores, op. cit.

8. Precisamente, en un ensayo titulado "Los poetas más allá de las trincheras o la política y la poesía", Incháustegui Cabral explica las razones que le impidieron suscribir la "Declaración de los Artistas" que sirve de prólogo a *Pueblo, sangre y canto*. Dice Incháustegui Cabral: "Con esto no trato de invalidar, ni siquiera de discutir, la *Declaración de los artistas* que suscribiría de buena gana si no fuera por el penúltimo párrafo en que se ofrece apoyo y reconocimiento al *Gobierno Constitucional*. Supone un salto de lo permanente a lo perecedero, de lo eterno a lo cambiante, de la raíz popular y nacionalista que la nutre a la cristalización inestable de lo que en un momento pareció representarla y que, por ser obra de los hombres y de los intereses de los hombres, probablemente buenos los dos, pronto pasará a la jurisdicción de juicio de la historia, a manos de otros hombres, probablemente buenos también, pero que decidirán en otro tiempo, en otras circunstancias y bajo presiones, atmósferas, diferentes, sin olvidar que eso de que la historia la escriben los vencedores no es más que un decir porque los vencedores escriben acerca de su victoria cuando están cerca de ella, cuando todavía se pueden ser útiles mutuamente, cuando aún es tarea de propaganda, de esa propaganda a que obliga la victoria, que siempre deja un mal sabor de boca y que debe hacerse desaparecer a fuerza de gargarismos de justificación." *De literatura dominicana siglo XX*, Publicaciones de la UCMM, Santo Domingo, Imprenta Amigo del Hogar, 1969, pp. 265-66.

9. *Teatro*, Ediciones de la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos de la República Dominicana, Santo Domingo, 1968, p. 333.



unos de los poemas que ha superado la prueba del tiempo, elevándose por encima de la circunstancia y el suceso: se trata de *Poblana* (1965), texto en el que figuran estos versos:

"Eres fecunda, poblana. Serás fecunda por siempre,  
A pesar de la codicia de las lenguas mordaces,  
A pesar del salto de los arúspices del Norte,  
A pesar de los perros que hopean a estos amos  
En las habitaciones, en la calle, en la OEA. Nada  
Se rehusará a tu procreación.

Nada escapará

Al sacrificio misericordioso y altivo de los humildes."<sup>10</sup>

La literatura del estallido fue menor, cuantitativamente hablando, que la *literatura posbélica*. En los años posteriores a 1965 se escribió mucho sobre la insurrección. Prácticamente no hay ningún poeta, ningún narrador, que no dejara constancia de sus vivencias particulares en textos que hoy forman parte de un material aún poco estudiado. En muchos de estos trabajos aparecen la nostálgica remembranza de los sucesos ocurridos durante la ocupación, el panfleto político desembozado, la descripción de experiencias personales, y la frustración provocada por la ocupación militar yanki y sus consecuencias:

"Debo saludar a los camaradas indiferentes  
y a los que viajan hacia otra parte del mundo,  
porque todo ha cambiado de repente  
y se ha extinguido la pequeña llama  
que un instante nos azotó,  
quemó las manos de alguien, el cabello,  
la cabeza de alguien.

Ahora se acaban aquellas palabras,  
se harán ceniza del corazón,  
se quedarán para unos mismos. . ."

René Del Risco Bermúdez (Fragmento de

*El viento frío*)

Es posible comprobar que los más jóvenes eran los más agresivos, los más intransigentes en el planteamiento de sus convicciones, aún cuando no fuesen políticas.<sup>11</sup> Había, por así decirlo, un ingrediente que alcanzó su más alto grado en 1965. Como bien dice Pedro Conde en su *Antología informal*: "La nueva literatura criolla empezó a gestarse a raíz del tiranicidio de mayo, pero debe su impulso vital a la revolución de 1965. De muchas maneras, la joven generación de autores es un producto directo, potencial y anímicamente resultante de la revolución de abril. Por eso nuestra actividad literaria está y estará durante mucho tiempo influenciada, y casi determinada, por los hechos de abril, aún cuando su temática no sea necesariamente belicista."<sup>12</sup>

x Los escritores de las nuevas promociones cubren un amplio registro de expresiones sobre la insurrección de abril, desde la exaltación sombría del Miguel Alfonseca de *La guerra y los cantos* (1967) a la desesperación angustiada del Pedro Caro de *El nuevo canto* (1968) y *Asombro de la muerte* (1969); de la frustración de René Del Risco Bermúdez en *El viento frío* (1967) hasta la inclemencia de Alfon-

seca en *El enemigo* (1970); del drama humano presentado por José Alcántara Almánzar en algunos relatos de *Viaje al otro mundo* (1973), a la ambiciosa protonovela de Marcio Veloz Maggiolo, *De abril en adelante* (1975), al testimonio de Iván García en *La Guerra no es para nosotros* (1979).

Si el salto no fue cualitativo en términos formales, es decir, si no hubo una completa ruptura con la tradición literaria dominicana (hay que admitir que muchos no la conocían), por lo menos podría decirse que apareció una manera distinta de *ver* y *tratar* las cosas, una nueva sensibilidad, e incluso un *decir* diferente que habría de consolidarse posteriormente.

En la década de los setenta comenzó a producirse un fenómeno que dispersaría definitivamente a los escritores que entre 1965 y 1969 se habían aglutinado en asociaciones culturales como "El Puño", "La Máscara", "La Isla", "La Antorcha", grupos que preludiaban ya la separación definitivo. Andrés L. Mateo ha escrito, en el prólogo a su antología *Poesía de postguerra/joven poesía dominicana* (1981) que: "esta dispersión no ocurría sólo en el plano del pensamiento, se movía empujada por el panorama de los acontecimientos mediatos e inmediatos, por los hechos históricos, que la nación estaba protagonizando en ese momento. Del seno de la historia en movimiento, surgirían los grupos culturales posteriores a la guerra del 65, y en la resultante del choque ideológico que ellos representaban, estaba contenida la variable epocal. Lo de los grupos culturales era sólo el reflejo, en el plano intelectual, de lo que en la realidad estaba ocurriendo, puesto que la sociedad dominicana, después de la revuelta de abril de 1965, dejaría de ser para siempre una aventura de emotivas y maniqueas contradicciones, para dar paso ya, en forma consciente, a la toma de posiciones acordes con la división de la sociedad en clases antagónicas."<sup>13</sup>

La ocupación norteamericana impuso unas condiciones y logró preparar el clima para que en 1966 asumiera el poder un hombre que representaba no sólo a la burguesía en proceso de ascensión, sino también un intelectual que había sido un funcionario y diplomático del régimen de Trujillo, un escritor comprometido con el mantenimiento del sistema.

Ese proceso de crecimiento económico a que hice refe-

10. En *Retiro hacia la luz, poesía 1944-1979*, Santo Domingo, Ediciones Siboney, S. A., Editora Taller, 1980, p. 108.

11. Bastaría con releer la colección de cuentos premiados de "La Máscara", los poemas de Jeannette Miller y de otros integrantes de esa promoción.

12. Santo Domingo, Editora Nacional, S/F., p. 10.

13. Publicaciones de la Biblioteca Nacional, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, C. por A., 1981, pp. 8-9.

rencia al principio de este artículo, provocó el incremento de la población urbana, la hipertrofia burocrática, la corrupción administrativa, la movilidad social ascendente de algunas capas de la pequeña burguesía y, en consecuencia, la aparición de valores socioculturales nuevos. Varios escritores insurgentes en el 65 entraron en un largo silencio y no publicaron más; un buen grupo ingresó al campo de la publicidad que les absorbió parcial o totalmente; otros se dedicaron a la docencia universitaria —a falta de mejor ocupación—, o al ejercicio de su profesión —si la tenían—; y, por lo menos en un caso, el suicidio pareció ser la solución más viable a tanto desaliento posbélico.

Después surgió una nueva promoción de escritores que eran prácticamente unos niños en 1965 y para quienes la experiencia de abril era una simple cuestión histórica que no tenían necesariamente que suscribir. Estos escritores no podían sentirse tan identificados como los protagonistas de aquella explosión sociopolítica ocurrida hace veinte años.

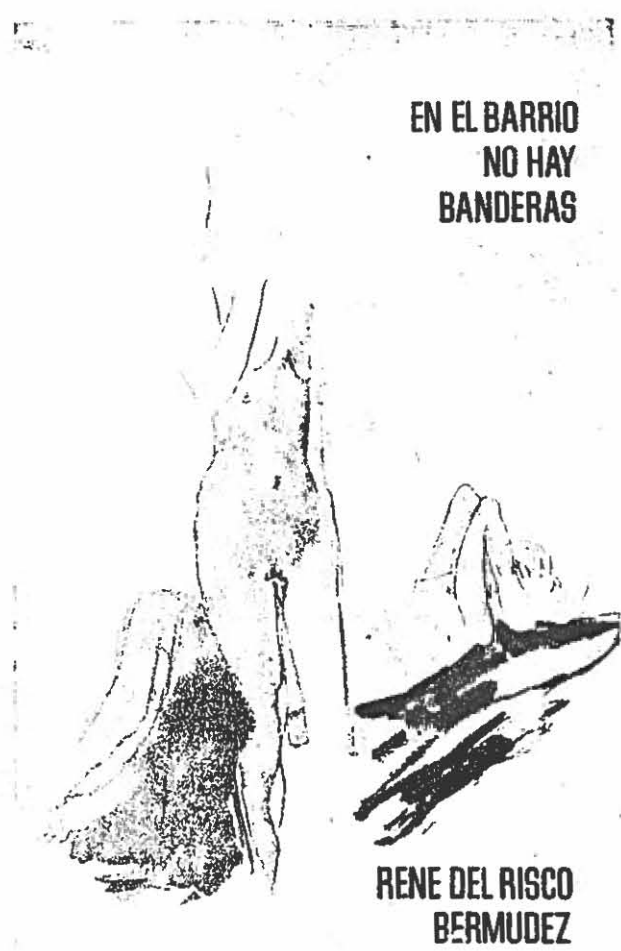
La literatura dominicana ha tomado nuevos rumbos. Aún se siguen publicando textos en los que se evoca, de vez en cuando, la revuelta de abril, lo cual demuestra que aquella experiencia continúa latente en muchos escritores activos; pero los más jóvenes, decididamente ajenos al concepto

de literatura como instrumento de lucha social o como medio de transformación de la realidad o expresión de compromiso político, no sólo se distancian del realismo social tan en boga hace veinte años, sino que lo rechazan.

Así lo prueban muchas obras escritas y publicadas en los últimos años.

No creo que se haya dicho todo acerca de abril del 65. Es más, considero que hoy estamos a una distancia conveniente, que permitiría una elaboración menos tendenciosa, mucho más literaria, o al menos no tan panfletaria sobre la insurrección armada. Es una lástima que gran parte de la producción literaria de un país sólo pueda fraguarse al calor de ciertos acontecimientos, porque la lejanía obliga al escritor a un esfuerzo de captación casi siempre beneficioso para la literatura.

En estas dos décadas, los dominicanos hemos afilado nuestro sentido crítico y ahora somos más capaces de analizar los acontecimientos trascendentales de nuestra historia contemporánea: tenemos más información y contamos con mejores instrumentos científicos. Los escritores no están al margen de ese proceso de madurez y es posible que algunas de las obras más importantes sobre abril del 65 estén todavía por ver la luz.



**EN EL BARRIO  
NO HAY  
BANDERAS**

**RENE DEL RISCO  
BERMUDEZ**

MARCIO VELOZ MAGGIOLLO

**de a  
en a**

